



IGLESIA Y SOCIEDAD

El ideal de la unidad y el sentido de la vida

Alfonso López Quintás

Nuestra vida está bien orientada y tiene, por tanto, pleno sentido cuando la ponemos al servicio del verdadero ideal. Una vida que corre en pos de un ideal falso puede obtener energía suficiente para lograr éxitos brillantes en el nivel 1, el de la posesión y el dominio, pero carece de sentido al no crear relaciones valiosas (nivel 2), no asumir los grandes valores (nivel 3) y hallarse descentrada y vacía. Este vacío existencial es causa de múltiples desarreglos psíquicos.

El hombre en busca de sentido

Desde muy joven, el profesor Víctor Frankl –psiquiatra vienés, fundador de un método de sanación psíquica denominado *Logoterapia*- vivió de cerca y dramáticamente la necesidad de dotar de sentido la propia vida, sometida a prueba en el campo de exterminio de Auschwitz. Si vemos nuestra vida colmada de sentido, tenemos energía para vivir, tenacidad para resistir, constancia para ser fieles, buen ánimo para sobrellevar las penalidades, esperanza de no sucumbir ante situaciones límite.

Bien consciente de ello, Frankl consagró su vida y su talento a analizar la cuestión del sentido y mostrar la fecundidad de esta investigación para el tratamiento de problemas psíquicos. Su gran aportación a la psiquiatría consistió en considerar los “problemas psíquicos” como problemas en buena medida “espirituales”, lo que insta a resolverlos *por vía de elevación*. Este método se funda en el hecho indudable de que el ser humano es una *persona* y, como tal, debe integrar todas las energías que alberga: las físicas, las psíquicas y las espirituales. Cuando lo consigue, vive de forma equilibrada y dispone de recursos suficientes para abordar los problemas que le salen al paso.

En diferentes obras y numerosas intervenciones -conferencias, entrevistas, películas...- procuró Frankl mostrar de forma concreta la capacidad que tiene el espíritu humano de levantar el ánimo y descubrir un sentido incluso en circunstancias al parecer desesperadas. Le impresionó, de joven, una encuesta realizada a exalumnos de la prestigiosa universidad de Harvard. Se les preguntaba, al final, si se sentían felices. Era de prever una respuesta afirmativa pues se trataba de jóvenes triunfadores en diversos aspectos. Tanto más sorprendente fue su confesión de que no eran felices *pues su vida carecía de sentido*. A partir de entonces, Frankl consideró como una meta mostrar, de modo persuasivo, que el sentido es la fuente de la paz interior, el amparo y la felicidad.

Pero ¿qué quiere decir exactamente que una vida humana *tiene sentido* o, por el contrario, *carece de sentido*? Básicamente, *tener sentido* significa *estar bien orientado*. Tiene sentido tomar un avión que nos lleva a la ciudad que deseamos visitar. Es insensato subir a un avión que va en dirección distinta porque nos gusta más su diseño o nos resulta más simpática su tripulación. Tal elección estaría mal orientada, carecería de sentido, sería

literalmente *insensata*. Si no se trata de una acción concreta, sino de la vida entera, podemos decir que tiene sentido cuando la orientamos hacia su verdadero ideal.

La cuestión del sentido —y, con ella, la de la felicidad, la paz y el amparo interiores— depende de la cuestión de cómo encontrar el verdadero ideal. Afortunadamente, esta tarea ya la hemos realizado al llevar a cabo el quinto descubrimiento. Nos conviene ahora afirmar bien la idea de que el ideal auténtico se descubre cuando *vivimos a fondo* un verdadero encuentro, acontecimiento que tiene lugar en el *nivel 2*. A este nivel ascendemos cuando adoptamos una actitud básica de generosidad, que nos lleva a tratar todas las realidades de forma respetuosa y colaboradora. Si nos dejamos llevar del afán egoísta de dominar realidades para manejarlas y ordenarlas a nuestros propios fines, caemos en el *nivel 1* y nos desorientamos



espiritualmente. Tal desorientación nos desquicia de raíz, pues el quicio en que se asienta nuestra vida es el encuentro. Al perder este polo, nos *des-centramos*, pues bien sabemos que los seres humanos no tenemos un solo centro (como la circunferencia) sino dos (como la elipse): el *yo* y el *tú*, o -dicho con mayor amplitud- el *yo* y los ámbitos de nuestro entorno. Yo vivo como persona cuando me abro a otras personas y creo con ellas relaciones de encuentro; cuando contemplo obras artísticas y las hago íntimas, en cuanto las convierto en el impulso de mi actividad estética; cuando me adhiero a ciertas instituciones y contribuyo a configurarlas al tiempo que ellas me configuran a mí...

Se comprende que los expertos subrayen la importancia decisiva de considerar como ideal de la vida lograr el tipo de unidad que implica el encuentro. Un niño o un joven que descubren este ideal y lo toman como la meta de su vida están básicamente formados, aunque su bagaje de conocimientos sea todavía escaso. Si sus conocimientos son espectaculares pero desconocen el auténtico ideal, carecen de la debida formación; se hallan peligrosamente desorientados.

De aquí se infiere que descubrir el verdadero ideal de la vida y asumirlo como propio es la meta de la formación humana, ya que nos centra espiritualmente y nos otorga el debido equilibrio interior.

El sentido y la orientación al ideal

Cuando me pregunto si mi vida tiene sentido, el verbo *tener* ha de ser entendido desde la perspectiva propia del *nivel 2*, no del *nivel 1*. En el *nivel 1*, tener algo significa poseer un objeto, disponer de él inmediatamente. En el *nivel 2*, al decir que mi vida tiene sentido indico que hay ajuste entre lo que hago y la meta que me propongo alcanzar, es decir, el ideal de mi vida. No se trata de una posesión que alguien te concede y pasas a disfrutar de inmediato, sin ninguna aportación tuya creativa. Recordemos la frase de Martin Buber, el pensador dialógico: “*Cuando dices tú a otro -es decir, cuando lo tratas como una persona, no como un objeto-, no tienes nada, no posees nada, pero estás en relación*”¹. Buber sugiere que *tener algo* es propio del *nivel 1*, y *estar en relación* pertenece a un nivel superior: el nivel en

¹ Cf. *Yo y tú*, Caparrós, Madrid 2019, p. 8; *Ich und du. Schriften über das dialogische Prinzip*, L. Schneider, Heidelberg 1954, p. 8. El paréntesis es mío.

que se dan las relaciones de encuentro -*nivel 2*-. Aquí no se posee nada material, tangible, pesable, manejable, pero se crea una relación personal que ostenta un tipo de realidad de rango superior.

Los recursos que suele movilizar la *Logoterapia* para elevar el ánimo de las personas abatidas y hacerles ver el sentido que puede albergar su misma tribulación se condensan en uno decisivo: ayudarles a subir a los niveles 2 y 3, e incluso al 4 si se trata de creyentes. El sentido de cada situación pende, en buena medida, del sentido de nuestra vida entera. Esta es la razón profunda que mueve a ciertos autores a destacar la primacía de esa cuestión:

*"Juzgar si la vida vale o no vale la pena vivirla –escribe Albert Camus- es responder a la pregunta fundamental de la filosofía. Las demás, si el mundo tiene tres dimensiones, si el espíritu tiene nueve o doce categorías, vienen a continuación". "... Veo que muchas personas se mueren porque estiman que la vida no vale la pena vivirla. Veo otras que, paradójicamente, se hacen matar por las ideas o las ilusiones que les dan una razón para vivir (lo que se llama una razón para vivir es, al mismo tiempo, una excelente razón para morir). Opino, en consecuencia, que el sentido de la vida es la pregunta más apremiante"*².

Es una cuestión apremiante porque, si el sentido de la vida desaparece o se difumina, surge el hastío, el *tedium vitae* o desgana de vivir.

*"Sorprende ver –indica Henri J. M. Nouwen- que gran parte de nuestra vida la pasamos sin reflexionar sobre su sentido. No es de extrañar que haya mucha gente tan ocupada y, al mismo tiempo, tan hastiada"*³.

Para descubrir el largo alcance de esta observación, debemos recordar que el aburrimiento o tedio -y su versión agravada que es el hastío- no responden a falta de actividad sino de creatividad. Acción creativa es aquella en la que asumimos posibilidades para dar lugar a algo nuevo dotado de valor. Se trata de una experiencia reversible, perteneciente al *nivel 2*. Es el nivel en que surge la cuestión del sentido, como hemos visto. Don Juan, el



burlador de Sevilla, llevó una vida agitada, pero no creó ninguna relación de auténtico encuentro. Manejaba a las jóvenes para sus fines, como si fueran joyas o bellas telas. Rápidamente, las dejaba burladas e "inservibles" –término propio del *nivel 1*, sólo aplicable a objetos o a utensilios-. Con el fin de evitar el hastío, recurría al cambio vertiginoso, para hacerse la ilusión de que el goce de seducir y burlar resiste el correr del tiempo. Pero era una falsa ilusión. Vida no creativa es vida corroída por el tedio y, en definitiva, por el *hastío*, que es la reacción de la persona ante el *vacío de la existencia*.

² Cf. *El mito de Sísifo*, Alianza Editorial, Madrid 21983, págs 15-16; *Le mythe de Sysiphe*, Gallimard, Paris 1942, págs. 15-16.

³ Cf. *Aquí y ahora. Viviendo en el Espíritu*, San Pablo, Madrid 1995, p. 70.

La existencia humana, de por sí dinámica, se vacía de sentido cuando no está orientada hacia su verdadera meta, que es el ideal de la unidad, no *responde* a la apelación de los grandes valores y se vuelve *irresponsable*. Por eso, para colmar la vida de sentido no basta agitarse en el *nivel 1* y disponer de bienes, aumentar las posesiones, adquirir toda clase de poderes. Hay que situarla en los niveles 2 y 3, que son los niveles del encuentro y del ideal, respectivamente. Sólo entonces se adquiere fortaleza para superar cualquier dificultad.

*"...Cualquier intento de restablecer la fortaleza interna de un recluso en un campo de concentración –escribe V. Frankl- tiene primero que conseguir mostrarle una meta futura. Las palabras de Nietzsche 'Quien tiene un **porqué** para vivir puede soportar casi cualquier **cómo**' pudiera servir de lema para todos los esfuerzos psicoterapéuticos y psicosociológicos realizados con los prisioneros. Siempre que había posibilidad de hacerlo, debía ofrecérseles un **porqué** -una meta- para sus vidas, a fin de darles fuerza para soportar el terrible **cómo** de su existencia. Desgraciado el que no viera en su vida ningún sentido, ninguna meta, ninguna finalidad, y, por tanto, ninguna razón para proseguirla. Ése estaba pronto perdido. La observación con la que solía este hombre rechazar los razonamientos que se le daban para animarle era: 'Ya no espero nada de la vida'. ¿Qué tipo de respuesta podemos dar a esto?". "Lo que realmente necesitábamos era un cambio radical en nuestra actitud ante la vida. Teníamos que aprender nosotros y luego enseñar a las gentes desesperadas que **lo importante no era realmente lo que nosotros esperáramos de la vida sino lo que la vida esperara de nosotros**"⁴.*

Si orientamos la vida hacia el ideal, damos sentido a todas nuestras actividades, entre ellas la amorosa, que no debe moverse exclusivamente en el *nivel 1*. Resulta, por ello, inadecuado y contraproducente querer resolver desarreglos psíquicos mediante la llamada "liberación sexual". Al rebajar a los pacientes al *nivel 1*, se amengua todavía más la dosis de sentido que presenta su existencia y se agravan sus conflictos interiores. La única forma de solucionar sus problemas es proceder por vía de elevación, ayudándoles a moverse en los niveles 2 y 3, en los cuales su vida rebosa sentido. Según vamos respondiendo a la apelación de los valores, descubrimos la amplitud de sentido que podemos dar a nuestra existencia.

*"Cada tiempo tiene su neurosis -advierte V. Frankl- y cada tiempo necesita su psicoterapia". "Así, nosotros en la actualidad ya no estamos confrontados con una frustración sexual, como en tiempos de Freud, sino con una frustración existencial. Y el paciente típico del momento presente ya no padece tanto complejos de inferioridad, como en tiempo de Adler, cuanto sentimientos abismales de falta de sentido, asociados con una sensación de vacío; razón por la cual hablo de un vacío existencial"*⁵.

⁴ Cf. *El hombre en busca de sentido*, Herder, Barcelona 1995, p. 78. Versión original: *Man's search for meaning*, Pocket books, Nueva York, s.f., págs. 121-122).

⁵ Cf. *Der Mensch vor der Frage nach dem Sinn* (El hombre ante la cuestión del sentido), Pieper, Munich, 1989, p. 141. Esta obra no es la versión original del libro *El hombre en busca de sentido*. Tal versión es, como se acaba de indicar, *Man's search for meaning*.

Carácter relacional del sentido

Si queremos otorgar al vocablo "sentido" todo su alcance, hemos de distinguirlo cuidadosamente del término "significado". En los diferentes contextos, cada vocablo -lo mismo que cada realidad y cada acción- añade a su *significado* básico un matiz especial. Ese matiz es su *sentido*.

- Beber un vaso de vino es un hecho que presenta siempre un *significado básico*. Su *sentido* cambia si se bebe en solitario o en compañía, de modo rutinario o con espíritu festivo.
- El rojo y el verde tienen un significado propio inalterable. Si los yuxtaponemos, adquieren una coloración especial, un sentido peculiar.
- Figurémonos que un cantor se destaca demasiado en el conjunto de un coro; su voz es espléndida y su musicalidad notable, pero no se ajusta al volumen de las otras voces. Su actuación presenta un significado relevante, mas no tiene *sentido* en este contexto. Aunque sea el intérprete más valioso, deberá ser excluido de ese conjunto.
- Golpeas en el piano la tecla negra intermedia en el grupo de tres. El significado del sonido que produce es siempre el mismo, pero su sentido es muy distinto cuando suena en obras compuestas en la tonalidad de *la bemol mayor* y de *la menor*. En ésta, tiene un valor de *tránsito*; en aquélla, presenta un sentido de *llegada*, de apoyo firme.



La experiencia nos revela que el sentido abarca más que el significado. Para captar el significado de una acción basta analizarla en sí misma. El sentido sólo se revela cuando se contempla tal acción en una trama de acciones interconexas.

Tienes hambre y ves un cestillo de manzanas apetitosas en la entrada de una frutería. Para ti tiene un gran significado tomar una y comerla. Te apetece, te gusta, te sacia. Ese gesto está colmado de significado. Significa mucho para ti. Pero ¿tiene sentido? La manzana que te apetece comer no es abstracta; se halla en un contexto concreto: pertenece al frutero y no puedes apropiártela sin concertarlo antes con él. Concertar algo significa entrar en una red de interrelaciones y ajustarse a sus leyes. El sentido sólo se nos alumbra cuando tomamos cierta distancia y contemplamos una acción o realidad en su contexto. El sentido presenta una condición relacional.

Por ser relacional, el sentido es cambiante; puede incrementarse o amenguarse, adquirir nuevos matices o tornarse más elemental y tosco. Si deseo dominar una realidad, tiendo a rebajarla a condición de objeto, de medio para mis fines interesados, no a verla en toda su complejidad, como un "nudo de relaciones". En cambio, la mirada contemplativa, respetuosa y colaboradora ve, por ejemplo, el pan y el vino como el fruto de una confluencia múltiple de elementos: campesino, semillas, cepas, tierra, lluvia, viento, sol... El sentido de los términos "pan" y "vino" se enriquece al máximo merced a esta forma *relacional* de ver. El que sólo ve en el pan un medio para saciar el hambre no altera su *significado* básico, pero amengua la amplitud de su *sentido*.

La comprensión del sentido que albergan los términos fundamentales de las disciplinas que estudian el enigma del ser humano pende no sólo de nuestro grado de inteligencia y preparación sino también, y no en último término, de nuestra actitud ante la vida, que puede ser dominadora y prepotente, o bien respetuosa y solidaria -y, por tanto, relacional-. *Esta observación es decisiva a la hora de elaborar una ética y una antropología filosófica.*

El sentido brota en el proceso de desarrollo personal

La cuestión del sentido surge con el ser humano. El animal no necesita planteársela. Tiene que desarrollarse, pero su desarrollo está predeterminado con firmeza implacable por la especie. Por eso no puede equivocarse nunca al actuar. Le basta seguir sus instintos para mantenerse en la existencia y garantizar la supervivencia de la especie.

El ser humano debe también crecer por ley natural, pero tiene el privilegio de poder saberlo y precisar el modo de llevarlo a cabo. El hombre es un "ámbito", una realidad abierta, y se desarrolla como persona creando nuevos ámbitos a través del encuentro. El encuentro es fuente de luz y de sentido. Al encontrarme con otras personas y formar comunidades, siento que configuro mi vida de forma ajustada a las exigencias de mi realidad personal, a lo que ya soy y a lo que estoy llamado a ser. Esta llamada determina mi *vocación* y mi *misión*. Cuando mis opciones fundamentales, mis hábitos y mis actos se orientan hacia el cumplimiento de tal misión y tal vocación, la marcha de mi existencia se realiza en la *dirección* justa, en el *sentido* adecuado. En la misma medida, *tiene sentido*.



El sentido no es algo que el hombre pueda tener *estáticamente*, es decir, sin intervención alguna por su parte. Lo adquiere *dinámicamente*, al entrar en relación creadora con otras realidades. El ser humano, por bien dotado que esté en cuanto a potencias -inteligencia, sentidos, salud...-, no puede ser creativo a solas. Tanto en el nivel biológico como en el espiritual, la fecundidad es siempre *dual*. Cualquier actividad, aun la más intensa, sólo puede tener sentido cabal si asume activamente ciertas posibilidades que le vienen dadas de fuera. Aprendo un poema de memoria; lo declamo una y otra vez, fraseando de modo distinto, alterando los ritmos, buscando el ajuste perfecto de forma y fondo. Muy pronto sentiré que el poema me pertenece, aun siendo distinto de mí. Ha dejado de serme distante, externo y extraño para hacérseme íntimo. Ahora ya no me viene dictado de fuera; lo proclama mi voz interior, y yo participo de él creadoramente. Lo configuro al dejarme configurar por él. Esta actividad bilateral o reversible sólo es posible en el plano de los acontecimientos creadores (*nivel 2*), no en el de los procesos meramente artesanales o productivos (*nivel 1*). Al asumir creadoramente el poema, brota su sentido, se ilumina. Esa *patentización luminosa* de su sentido constituye su *verdad*. Por eso, ante una interpretación lograda de una fuga de Bach o una sonata de Beethoven, solemos decir: Esto es "*verdadero* Bach"; "*verdadero* Beethoven".

La vida humana se desarrolla vinculándose a otros ámbitos y haciendo surgir ámbitos nuevos de mayor envergadura. Cuando uno acierta a ver que su entorno vital está constituido no sólo por objetos sino también por ámbitos -realidades dotadas de iniciativa que ofrecen ciertas posibilidades e invitan a asumirlas activamente-, descubre que *el sentido de la vida es fruto de la actividad creadora de encuentros fecundos*. La idea de *sentido* pende de la concepción que se tenga del ser humano⁶.

El sentido de la vida y la libertad verdadera

Nuestra vida se desarrolla y adquiere, por ello, sentido cuando cumplimos el *deber* de elegir en virtud del *ideal verdadero* de nuestra existencia. Ese ideal viene dado -según la investigación actual más cualificada- por la creación de formas valiosas de unidad con las realidades circundantes. Al elegir de este modo, comenzamos a ser del todo libres, por cuanto tomamos distancia de nuestras apetencias inmediatas, sobrevolamos la situación y optamos en virtud de una realidad distinta de nosotros y sumamente valiosa.

Como hemos visto, si ese *deber* que asumimos lo consideramos como algo impuesto desde el exterior, nuestra libertad interior es todavía incipiente: nos liberamos del apego a nuestras apetencias, pero permanecemos sumisos a una instancia externa y ajena. Mas, cuando llegamos a *amar* ese ideal, interiorizamos de tal forma el deber de asumirlo que lo sentimos como una exigencia *interior*. Con ello, nuestra elección a favor del ideal gana espontaneidad, y la libertad interior se hace perfecta. Uno se torna transparente al ideal. Éste se hace presente en toda nuestra actividad. Tal presencia *transfigura* nuestro ser y actuar y los colma de sentido.

Nuestra vida tiene pleno sentido cuando no necesita tender hacia el ideal -visto como una meta *futura* y *externa*- porque tal ideal se ha convertido ya en su íntima razón de ser y en el impulso de su acción. El ideal juega entonces la función de *valor supremo*, el que aúna dinámicamente todos los demás.

El sentido y la responsabilidad

El sentido de nuestra vida brota cuando somos *responsables*, en el doble sentido de que *respondemos* al valor que polariza todos los demás y *respondemos de* los frutos de tal respuesta. Esta *recepción activa* del valor es una actividad *creativa*. Y toda forma de creatividad es dual, implica al menos la colaboración de dos realidades. Por eso exige una actitud de *apertura desinteresada*.



⁶ Sobre la relación entre ideal, encuentro, valor y creatividad, pueden verse amplias precisiones en mi obra *Inteligencia creativa*, págs. 439-479.

Si atiendo en exclusiva a mis intereses, me bloqueo en mí mismo, no me abro, ciego las fuentes de la creatividad y del sentido. De ahí que, si quiero descubrir el sentido de mi existencia en un momento determinado, no debo preguntar qué partido le puedo sacar a la vida, sino qué solicita de mí la vida en esa circunstancia. Si alguien espera algo de mí y yo satisfago sus deseos, mi vida se carga de sentido, pues se ha orientado hacia el verdadero ideal; se ha puesto *en verdad*, ya que se ha movido en el plano de la creatividad y ha cumplido las leyes del crecimiento personal.

A la inversa, el que sólo se preocupa de lo que puedan reportarle los seres del entorno, tiende a *reducirlos* a medios para sus fines, con lo cual los rebaja a condición de objetos (*nivel 1*) y hace inviable la actividad creativa (*nivel 2*). En consecuencia, vacía su vida de sentido, porque no funda encuentros ni crea nuevos ámbitos de vida; se reduce a manipular objetos, agosta su capacidad creativa, sitúa su vida en un plano inferior al debido, se aleja de su *verdad existencial* –es decir, de lo que está llamado a ser-. Así, el que confunde el *amor personal* con el *mero erotismo* corre peligro de reducir la otra persona a mera fuente de gratificaciones. Esta vida de relación interesada puede tener un *significado* intenso, incluso conmovedor, pero carece de *sentido*, por la razón decisiva de que no sitúa su comportamiento en el plano de la creatividad (*nivel 2*), sino en el del manejo arbitrario de una realidad gratificante (*nivel 1*). Esta falta de autenticidad y ajuste a las condiciones del propio ser se traduce en mengua de sentido.

El sentido de la vida humana es acrecentado por la actitud integradora de diversos planos de realidad: por ejemplo, el sensible-corpóreo y el espiritual, el objetivo y el ambital. Es amenguado –o, incluso, anulado a veces del todo- por la actitud *reduccionista*, que se mueve exclusivamente en los niveles más elementales de realidad y actividad. Cuando me dejo llevar por los valores inferiores -que *arrastran*-, y no respondo a la llamada de los valores superiores -que *atraen*, sin coaccionar-, no actúo de forma integradora, sino unidimensional, infracreadora. No cargo mi vida de sentido; la oriento en una dirección falsa. No soy *responsable*.

La doble faz de la responsabilidad la expresa Viktor Frankl de modo admirable en el siguiente texto:

*“...En realidad hay en la responsabilidad algo de abismal. Y cuanto más larga y más hondamente recapacitamos en ella, más nos percatamos de eso, hasta que nos sobreviene una especie de vértigo. Porque en cuanto profundizamos en la esencia de la responsabilidad humana, nos da escalofrío: hay algo **terrible** en ella, pero, al mismo tiempo, ¡algo **maravilloso**! Es **terrible** saber que en cada momento soy responsable del siguiente momento; que cada decisión, la menor igual que la mayor, es una decisión ‘para toda la eternidad’; que en todo momento estoy realizando una posibilidad, la responsabilidad de ese momento único, o la estoy perdiendo. Por otra parte, cada momento encierra en sí miles de posibilidades, y yo no puedo elegir más que una sola que realizar. Pero con esto quedan condenadas todas las demás, quedan condenadas a no ser jamás, y esto también ¡para toda la eternidad! Pero es **maravilloso** saber que el futuro, el mío y el de las cosas con él, el futuro de los hombres que me rodean depende*

*de alguna manera -aun cuando fuera en un grado insignificante- de la decisión que tome yo en cada momento. Lo que yo realice mediante mi decisión, lo que mediante ella 'cree y ponga en el mundo', lo estoy rescatando y metiendo en la realidad y lo estoy salvando de la caducidad*⁷.

El sentido y la armonización de autonomía y heteronomía

Según hemos visto, cuando uno adopta una actitud integradora y se abre al encuentro de realidades vistas como ámbitos, crea con ellas un *campo de juego* común, en el cual las escisiones espaciales "aquí-ahí", "dentro-fuera", "interior-exterior", "lo propio-lo ajeno"... quedan felizmente superadas. En el aspecto físico-corpóreo, dos amigos están el uno "fuera" del otro, porque dos cuerpos opacos no pueden ocupar el mismo lugar. Pero, en el aspecto lúdico-creador, se hallan en la *intimidad* de un mismo campo de interacción. Lo que les viene *de fuera* ya no es necesariamente *externo* y *ajeno*; puede serles *íntimo*. Y el entregarse a ello o tomarlo como impulso de su obrar no supone una entrega a lo ajeno, por tanto una *alienación* o *enajenación*, carente de sentido en un ser llamado a regirse autónomamente.



Al vivir de modo creativo, el esquema "autonomía-heteronomía" deja de aparecer como un *dilema* para presentarse como un *contraste* -una dualidad de términos que no se excluyen, antes se contrastan y complementan, a la par-. Soy de verdad autónomo al ser heterónimo. Me guío por criterios *propios* cuando asumo activamente –por ser fecundos para mi vida- criterios de acción *externos a mí* en principio y los convierto en *íntimos* sin dejar de ser distintos. Al vivir uno personalmente esta integración de la autonomía y la heteronomía, se siente plenificado, colmado, desbordante de sentido⁸.

Algo semejante cabe decir de la fecundación mutua de la *libertad* y las *normas*. Al asumir como principio *interno* de actuación una norma que me viene propuesta *de fuera* y que, a mi entender, enriquece mi actividad, amenguo mi *libertad de maniobra* (nivel 1), pero incremento mi *libertad creativa* (nivel 2). Si acepto de forma *pasiva* una norma o un precepto, no los convierto en principios internos de actuación y, por tanto, en íntimos; me siguen siendo externos, extraños y ajenos, y, al dejarme guiar por ellos, me alieno y pierdo mi identidad personal, mi autenticidad. No actúo con la debida autonomía e independencia. Mi vida pierde el carácter personal que le compete. No tiene sentido. Está rebajada de rango, envilecida. No se halla en la verdad; se mueve en la falsedad.

Ahora comprendemos lúcidamente que el *sinsentido* o *absurdo* procede siempre de la falta de creatividad, y ésta arranca de un error de principio: partir de una voluntad

⁷ Cf. *Psicoanálisis y existencialismo*, Fondo de cultura económica, México 1987, págs. 71-72.

⁸ "No me cambiaría por nadie en el mundo. Y no he sabido lo que es querer vivir hasta que sé para qué vivo". Son palabras escritas al filósofo polaco Roman Ingarden por Edith Stein, incesante buscadora de la verdad y admiradora, por ello, del heroico cardenal John Henri Newman. Cf. Viki Ranff : *Edith Stein. En busca de la verdad*, Palabra Madrid 2005, p. 154.

interesada de dominio, reducir los seres del entorno a meros objetos y limitar la propia actividad al manejo de realidades objetivas o de ámbitos reducidos a objetos (*nivel 1*). La *Literatura del absurdo* supo reflejar, con verismo sobrecogedor, la imagen depauperada que ofrece el hombre que ha descendido casi al grado cero de creatividad: en vez de entusiasmo, siente aburrimiento y tedio; en lugar de alegría, experimenta tristeza; en vez de esperanza, abraza desesperación. Su vida aparece totalmente vacía, y, al asomarse a esta oquedad, siente vértigo espiritual, y con él angustia, desesperación y una desolada soledad. Este vacío angustioso y desesperado supone una falta absoluta de sentido.

No sin razón afirman hoy reputados psiquiatras que el vacío existencial es la causa más frecuente de las patologías psíquicas del hombre actual. La falta de sentido responde al desajuste de los distintos planos de la personalidad, y esa falta de integración sólo puede superarse mediante la entrega a un ideal capaz de polarizar las diversas energías de la persona: las instintivas y las espirituales⁹.

¿Tiene sentido la vida humana?

Formulada así, de modo general, esta pregunta apenas puede obtener una respuesta convincente. El sentido brota merced a la actividad creativa, y los seres humanos sólo somos creativos en cada situación concreta. Alguien sufre un grave accidente, y tú te rebelas al ver su mutilación. Tu irritación te lleva a pensar que la vida carece sentido. No pierdas el tiempo en hacer consideraciones *generales* sobre la vida. Ponte a ayudar a ese ser menesteroso, y verás cómo vuestras vidas *concretas* se van llenando de sentido. En el encuentro, el sentido se hace palpable, denso, sugerente, reconfortante.

Para captar el sentido, más allá del significado, hay que ampliar el horizonte vital, es decir, los criterios de interpretación de la vida, las pautas de conducta, las perspectivas desde las que podemos contemplar nuestra existencia y sus avatares. Un torero se quedó paralítico por un accidente, y, al verse incapaz de ejercer su carrera, se quitó la vida. No supo el infortunado ver su vida futura desde una perspectiva distinta a la que había acariciado anteriormente. No acertó a ensanchar su horizonte de creatividad, que no se limitaba al ejercicio del arte del toreo. De haberlo hecho, su vida no le hubiera parecido absurda, indigna de ser vivida, sino desbordante de posibilidades de adquirir sentido. Con un poco de imaginación creadora podía haber esbozado otras líneas de acción, sobre la base de sus capacidades actuales, y dar lugar a multitud de encuentros de diverso orden.

Cuando se sintió abatido hasta la muerte por el drama de la sordera, Beethoven recomendó a su hermano Carlos, en su testamento de Heiligenstadt, que no dejase de practicar la virtud, pues gracias a ella -y al amor a su arte musical- había superado la tentación de recurrir al suicidio. Por *virtud* entendía Beethoven la defensa de la libertad de los demás, la entrega al servicio del necesitado (véase su ópera *Fidelio*), la solidaridad de los hombres entre sí y con "el Padre amoroso que debe habitar por encima de la



⁹ Aportaciones prácticas de gran interés se hallan en las obras de Viktor Frankl -casi todas traducidas por las editoriales Herder (Barcelona) y San Pablo (Buenos Aires)-, en las publicaciones de Elisabeth Lukas y otros miembros del "Süddeutsches Institut für Logotherapie GmbH" (en Fürstentfeldbruck, Alemania), y en los boletines de las numerosas y activas Asociaciones Nacionales de Logoterapia.

bóveda celeste”, como dice la Oda de Friedrich Schiller que se canta en la *Novena Sinfonía*. En definitiva, actitud virtuosa es la actitud solidaria en todas las vertientes de la vida.

Esta actitud acogedora suscita la honda alegría que nos eleva a cimas inigualadas en el último tiempo de dicha sinfonía. Según Henri Bergson, la alegría "anuncia siempre que la vida ha triunfado, que ha ganado terreno, que ha reportado una victoria; toda gran alegría tiene un acento triunfal"¹⁰. No hay triunfo mayor que crear formas elevadas de unidad, porque en ellas reside el sentido más hondo de la vida.

Responder activamente a toda invitación al encuentro -invitación que supone un gran *valor* porque hace posible la realización del ideal de la unidad- es condición ineludible para conferir sentido pleno a la vida, a la propia e incluso a la de otras personas, que están llamadas a dejar de sernos extrañas y convertirse en íntimas. Ese paso se da en la experiencia de *participación*. Al participar, el hombre se trasciende a sí mismo y descubre que "lo más profundo que hay en mí no procede de mí" (G. Marcel). El hombre alcanza su *sentido cabal* (su plenificación) cuando orienta su vida en el *sentido* (o dirección) que le marcan las condiciones de la actividad participativa. Aprender a *participar*, en el pleno sentido de la palabra, es la meta de toda formación humana auténtica. Pero participar de verdad implica un modo de unión sólo posible en los niveles 2 y 3.

Lo antedicho nos permite concluir que al hombre no le viene dado de antemano el sentido de su propia existencia como un objeto que pueda poseer y retener. Se le dan potencias y posibilidades para fundar relaciones de encuentro, que son otros tantos campos de juego en los que puede desarrollar su vida personal. El sentido constituye, así, para el hombre una meta y una tarea siempre renovada, un reto que lo insta a trascender en cada momento los hitos ya alcanzados.

El sentido se alumbra a través del riesgo de la creatividad

La creación de formas muy valiosas de unidad exige esfuerzo e implica riesgo, ya que para encontrarnos debemos abrirnos a los demás de forma generosa, confiada y sincera, y esta actitud puede no ser correspondida. De ahí la tentación de buscar el amparo y la paz interiores en modos de vida infrapersonales, infracreadores, infrarresponsables, que no son capaces de programar la lucha, pero tampoco el encuentro.



¹⁰ Cf. *L'énergie spirituelle*, PUF, Paris 321944, p. 23.

Desde la Primera Guerra Mundial (1914-1918) se advierte en Europa un sentimiento de nostalgia hacia los estratos de ser infrahumanos. Se añora la soledad del árbol (en *Calígula*, de A. Camus), la "veracidad" del animal y del vegetal (en las pinturas de Franz Marc), los tiempos primitivos en que el hombre "era principalmente bestia" y tenía "instintos seguros" como el animal (en la filosofía de José Ortega y Gasset). Se siente temor ante la inteligencia y se busca la necesaria unidad con el entorno a través de modos de intuición empastante (en algunas novelas de Hermann Hesse); se acusa al espíritu de ser "contradictor del alma" (en la obra más significativa de Ludwig Klages).

Estos intentos de vivir la vida con plenitud pero sin riesgo llevan en sí la garantía del fracaso, pues el ser humano está configurado para el encuentro con las realidades del entorno, no para la fusión o el alejamiento. Si me fusiono embriagadoramente, me pierdo como persona. Es la estación término del *vértigo de la ambición de disfrutar*. Si me alejo para dominar, bloqueo mi desarrollo personal. Es la última fase del *vértigo de la ambición de poseer*. En ambos casos, mi situación de desamparo espiritual se hace extrema. Si bajamos al nivel del animal, no logramos la peculiar forma de paz de quienes no necesitan programar su existencia porque sus instintos aseguran su ajuste al entorno y su pervivencia. El hombre no tiene las características del animal más otras específicas, de modo que, perdidas éstas –por ejemplo, la racionalidad-, se convierta en un mero *ser de instintos y reflejos condicionados*. Por eso no puede renunciar a su condición inteligente, aunque su actividad creadora se halle bordeando el grado cero. Por el hecho de no ejercitar la capacidad de elegir en virtud de un ideal y asumir valores elevados, el hombre no se dota de "instintos seguros", instintos que aseguran su existencia. Sus instintos o tendencias no están de por sí orientados hacia la meta que marca su pleno logro como persona. Se hallan indeterminados, de modo que pueden conducir al pleno desarrollo de la persona o a su asfixia total.

En aparente paradoja, la única vía que se ofrece al hombre para lograr amparo es despreocuparse de dominar la situación, y adoptar una actitud de entrega confiada. A través del riesgo que ello implica puede, en casos, lograr el auténtico encuentro y, en él, la plenitud de sentido. Ésta se alcanza únicamente mediante la integración de todas las energías que alberga el ser humano, no mediante la renuncia a las más elevadas y exigentes¹¹.

Cuando el hombre supera la escisión interior e integra los distintos planos de realidad que confluyen en su ser, vive una experiencia sobremanera gozosa: descubre nítidamente las posibilidades eminentes que le abre la unidad y siente que su vida adquiere una dimensión inédita, una profundidad insospechada. *Este modo profundo de ver y sentir la vida entraña una plenitud de sentido.*



El logro de la forma suprema de sentido

Si una persona amplía su horizonte humano en dirección al Infinito, confiere un rango nuevo y superior al sentido de su vida. Esta experiencia excepcional de sentido la realizamos cuando respondemos activamente a la palabra que nos trae un mensaje de riqueza sobrehumana y fundamos una relación de encuentro con el Creador que nos sale al

¹¹ Sobre el decisivo tema de la integración puede verse mi obra *Inteligencia creativa*, págs. 417-438.

encuentro. El que haya vivido esta experiencia al menos *una vez en la vida* verá su existencia enriquecida con ese horizonte de sentido, que lo invitará constantemente a superar toda realización precaria de sí mismo y llevar a pleno desarrollo su vocación y su misión.

Ese horizonte supremo viene dado por la fe religiosa, entendida radicalmente no sólo como un frío asentimiento intelectual a ciertos dogmas sino como la adhesión personal al Creador. El encuentro con la forma de realidad absolutamente perfecta eleva al hombre a lo mejor de sí mismo, al máximo despliegue de sus aspiraciones más nobles, y le produce sentimientos de entusiasmo y felicidad plena. Con razón afirma Sören Kierkegaard -en su obra programática *La enfermedad mortal*- que *el antídoto de la desesperación es la fe*. Ésta implica entrega, vinculación, amor. La desesperación procede de un encapsulamiento egoísta en sí mismo y la ruptura de todo vínculo amoroso. No existe ninguna desesperación -escribe Kierkegaard- "cuando en la relación consigo mismo y al querer ser sí mismo, el yo se apoya lúcido en el Poder que lo fundamenta"¹².



En su afán de buscar el sentido integral de la vida humana, V. Frankl introduce el concepto de "suprasentido".

*"Exactamente del mismo modo que un animal no puede, trascendiendo de su medio, llegar a comprender nunca el mundo de los hombres que está por encima de él, el hombre no puede llegar nunca a comprender qué es lo que está por encima de su mundo propio; puede, a lo sumo, vislumbrarlo -por medio de la fe-. (...) Y pudiera ser que la verdadera diferencia entre el hombre y el animal no se encuentre en que el animal tiene instintos y el hombre inteligencia (...); más bien, la diferencia esencial entre el hombre y el animal radica en que la inteligencia del hombre es tan alta que éste -en definitiva oposición a la potencia del animal- puede incluso otra cosa más: percibir que tiene que haber una sabiduría de un rango fundamentalmente superior a la suya, una sabiduría sobrehumana que implantó en él la razón y en los animales los instintos"*¹³. ■

EL AUTOR

Alfonso López Quintás es doctor en Filosofía, catedrático emérito de Filosofía en la Universidad Complutense (Madrid) y fundador de la Escuela de Pensamiento y Creatividad. (www.escueladepensamientoycreatividad.org).

¹² Cf. *La enfermedad mortal o De la desesperación y el pecado*, Guadarrama, Madrid 1969, p. 245. Véase, además, p. 49.

¹³ Cf. *Psicoanálisis y existencialismo*, págs. 67-68.